

Poemas

de Sandro Penna

SANDRO PENNA, ENTRE LA NOCHE Y EL ALBA

Roma, años sesenta, sus barrios más populares. “*Chi gira la notte, gira la morte*” (Quien camina la noche, camina la muerte): así se dice en *Una vita violenta*, de Pier Paolo Pasolini, que justamente allí sucede. Tommaso, el protagonista, encuentra la muerte al final de la novela: “Cuando Tommaso volvió a su camastro, casi le pareció que estaba un poco mejor. En el fondo todavía no lo habían bendecido; desde hacía algunas horas la tos había parado, y hasta le había pedido a la madre un poco de aquel marsala que le había llevado Irene. Pero después, cuando se hizo noche, se sintió peor, cada vez más: le asaltó un nuevo borbollón de sangre, tosió, tosió, sin tomar ya aliento, y adiós Tommaso”. Era en esos mismos barrios donde Pasolini y Sandro Penna caminaron y caminaron hasta encontrar también la muerte años después, de distintos modos, uno asesinado y el otro malamente abandonado a sí mismo. Ya se conocían desde los años friulanos de Pasolini, cuando Penna, llegado desde la natal Umbria, donde había nacido en 1906, a Milán primero y a Roma después, era leído por Pier Paolo en los encuentros creadores del círculo íntimo alrededor suyo: así cuenta, por ejemplo, Giovanna Bemporad y, años más tarde, Gianni D’Elia afirmará haber visto en casa del poeta Amedeo Giacomini, de Versuta, los cuadernos en que Pasolini hacía copiar a sus alumnos poemas de Verlaine y de Penna –y no olvidemos que el propio Guido, su hermano, cuando partió hacia los partisanos, a los diecinueve años, para no volver nunca, llevaba consigo un ejemplar de los *Canti orfici*, de Dino Campana, y un revólver entre sus páginas.

Por entonces, Penna ya aparecía con sus primeros libros en las mismísimas páginas de la monumental *Historia de la literatura italiana* de Francesco Flora, percibido incipientemente con sus supuestos límites de excesivo carácter autobiográfico, que naturalmente lo diferenciaba del mundo poético de Pasolini, inspirado en la contaminación lingüística y rico en mediaciones políticas, culturales e interdisciplinarias. Pero fue en esa diferencia que Penna sería celebrado abundantemente, y de él se diría entre muchas cosas que era un lírico puro, maestro de poesía simple, de arte antiguo y doloroso, heredero de la tradición crepuscular, lírico griego, también. El ya citado Gianni D’Elia, en su reciente *L’eresia di Pratolini*, llega a decir textualmente: “... nuestros más grandes poetas, de Leopardi a Campana, de Saba a Pasolini, quedarán durante muchos años y decenios en los márgenes, ignorados e inciviles, hasta la contestación absoluta y pasiva de Sandro Penna, acaso el más puro y grande de todos los contemporáneos”. Sin temor al riesgo de las ocasiones poéticas acaso indescifrables, fulguraciones, instantes, verdaderos *flashbacks* de la vida anterior en la provincia natal –la campaña, el mar–, imágenes huidizas con la inconsistencia de todo tiempo fatalmente transcurrido, resoluciones sintácticas sanguíneas, taxativas, sutiles repeticiones de palabras muy alejadas de los puros devaneos de ritmo, acaso todo ello con la impronta o el eco de los amados Montale y Saba: ésa podría ser la matriz fundamental del poetizar de Penna. Pero el propio Pasolini no ahorra el elogio al amigo. Así, en los *Scritti corsari*,



habla de “milagrosa alegría de la revelación, es decir de la repetición”, y también expresa: “... este poeta que (acaso con Bertolucci) es realmente el más grande poeta italiano viviente...”. O, en *Descrizioni di descrizioni*, en cotejo con Kavafis: “Como sucede con Penna..., todos los poemas de Kavafis tienen un sentido secreto y constante: la idea del carácter milagroso de la existencia, descubierta casi a través de un ‘enthousiasmós’ religioso, que tiene los caracteres tanto de la neurosis de ansiedad como de la neurosis eufórica”. Y ansiedades eran seguramente las que llevaban a Penna a aquellas calles romanas, a ciertas horas, entre la noche y el alba, y sobre las cuales el mismo Pasolini escribía allá a fines de 1961, es decir a fines del mismo año de su premio Viareggio por *Una vita violenta*, ex aequo con el amigo Penna: “La noche y la vida son tan precarias que un poco de luna –detrás de las masas de humedad– parece ya el alba, y el alba la luna de la noche anterior. Enfilo hacia mi casa, con una mezcla de macabro malestar y de alucinada alegría, casi autómatas de mi experiencia momentáneamente estática”. Casi el espíritu de Penna.

Pero tampoco esas noches y esas albas eran solamente de andanzas eróticas por la ciudad de Dios. Dario Bellezza, el más joven de todos, relata en *Morte di Pasolini* sus encuentros gastronómicos con Pasolini, Penna, Moravia y Elsa Morante, y refiere las discusiones políticas entre Pasolini y Moravia y también el motivo por el cual la Morante dejó de ir a las reuniones, describiendo también a Penna

como “charlatán y chismoso... siempre a la búsqueda del plato genuino, de vez en cuando con algún muchacho de la villa que espantaba”. Arte y vida, cuerpo y alma en fatal correspondencia. Pasolini y Penna vivieron y murieron con la constancia de sus pasiones, desafiando la hipocresía de un sector de la sociedad siempre signado por la herencia monstruosa del fascismo. En su suprema conciencia del peligro inminente que corría su vida, unos pocos días antes del asesinato, Pasolini decía públicamente: “¡El fascismo yo lo he vivido en mi propio cuerpo!”. Siempre la sangre, la sangre de Tommaso, la sangre del poeta, “la sangre de los pueblos”, como hace años escribiera Cesare Zavattini.

El 11 de noviembre de 1975, Sandro Penna declaraba en *Il Messaggero*: “... casi lo envidio: murió al principio de la decadencia, como quería...”. Él, que alguna vez había escrito: “El amor de sí mismos, ¿no es acaso un sueño vivido con los ojos abiertos por las calles?”, murió en esas calles romanas, de invierno, el 11 de enero de 1977.

Roberto Raschella

POEMAS

SANDRO PENNA



Andaba por la ciudad, entre las callejuelas
del amado suburbio. Y me topaba
con queridos rostros desconocidos... Y después,
en la portería adonde había ido
en busca de una pieza, encontré...
Encontré algo gentil.

La madre me hablaba del precio a pagar.
Yo estaba en otra orilla. Mi vivienda
ya estaba en el paraíso de la nave. El paraíso
altísimo y confuso, que nos lleva
a beber la cicuta...

Pero volvamos
a la portería, a aquellos sinceros
modos del relato, a aquel vivo rubor...

Pero supremo ante todo era el olor
casto y gentil de la pobreza.

*

Si estoy enfermo vago entre la multitud
del suburbio. Pero la húmeda grisura
invernal me vuelve triste y solo.
A soplos sube a la calle un hedor
cálido desde un gimnasio subterráneo
donde jóvenes y desnudas fieras asaltan
a enemigos imaginarios, allí abajo a saltos
soplando.
Un viejo mendigo mira,
conmigo, la escena sin nostalgias.

*

Los trenes que languidecían hace un tiempo
están mudos ahora. Vida mía, es ingenua
tu hambre obstinada. Está solo, y cruza
en la calle nocturna el obrero
con su tos de fines de febrero.

*

Las estrellas me miraban si por momentos
entrecerraban los ojos como hacen los gatos

*

En las noches de estrellas esperaba
en el relato de un joven a otro
que naciera el nuevo acento dialectal.

*

Oh en la noche el perro
que ladra desde lejos.
De día está solo el perro
que te lame la mano.

*



Ero per la città, fra le viuzze
dell'amato sobborgo. E m'imbattevo
in cari vissi sconosciuti... E poi,
nella portineria dov'ero andato
a cercare una camera ho trovato...
ho trovato una cosa gentile.

La madre mi parlava dell'affitto.
Io ero ad altra riva. Il mio alloggio
era ormai in paradiso. Il paradiso
altissimo e confuso, che ci porta
A bere la cicuta...

Ma torniamo
alla portineria, a quei sinceri
modi dell'una, a quel vivo rossore...

Ma supremo fra tutto era l'odore
casto e gentile della povertà.

*

Se son malato vago tra la folla
del sobborgo. Ma l'umido grigiore
invernale mi rende triste e solo.
A soffi sale sulla via un afrore
caldo da una palestra sotterranea
ove giovani e nude belve assalgono
nemici immaginari, in basso a scatti
soffiando.
Un vecchio mendicante guarda,
con me, la scena senza nostalgie.

I treni che languivano una volta
sono muti oramai. Mia vita, è stolta
la tua fame testarda. È solo, e svolta
nella strada notturna l'operaio
con la sua tosse a fine di febbraio.

*

*

Le stelle mi guardavano se a tratti
socchiudevano gli occhi come fanno i gatti.

*

Nelle notti stellate aspettavo
nel racconto di un giovane a un altro
nascere il nuovo accento dialettale.

*

Oh nella notte il cane
che abbaia di lontano.
Di giorno è solo il cane
che ti lecca la mano.

*

La noche

Perderse en la niebla. Muy lejos
del padre y del hermano.
Perderse en estos rostros
queridísimos. Guardar
en el corazón los ojos claros
de aquel pequeño rostro de carbón.

*

Caminemos, caminemos desesperadamente
todavía juntos en la noche profunda
y leve y mórbida del verano.

*

Ciudad

Lívida alba, yo estoy sin dios.

Rostros somnolientos van por las calles
sepultas bajo hatos de pastos yacentes.
Gritan en el frío vacío los vendedores.

Albas más espesas de colores he visto
sobre mares sobre campañas inútilmente.

Me abandono al amor de aquellos rostros.

*

Oh desolado en el alba
vuelo de bajas golondrinas
sobre la ciudad desierta.

Volverás entre el polvillo
dulce de primavera
entre resplandecientes automóviles.

*

Mi vida es monótona, cuando arde
un sereno sol en las persianas verdes.
Se vuelve dócil mirada, sereno amor
anónimo, poema de cuatro versos.

*

¡Qué intenso es el rumor del alba!
Hecho de cosas más que de personas.
A veces lo precede un silbido breve,
una voz que alegre desafía al día.
Pero después en la ciudad todo está sometido.
Y mi estrella es aquella estrella pálida
mi lenta muerte sin desesperar.

*

Era mi ciudad, la ciudad vacía
en el alba, plena de un deseo mío.
Pero mi canto de amor, el mío más verdadero
era para los otros una canción ignota.

*

Me recuesto en la mañana
de primavera. Siento
nacer en mí desordenadas
auroras. Ya no sé más
si muero o también nazco.

Traducción del italiano: **Roberto Raschella**

La sera

Perdersi fra la nebbia. Assai lontano
dal padre e dal fratello.

Perdersi in questi volti
carissimi. Serbare
nel cuore gli occhi chiari
di quel piccolo viso di carbone.

*

Andiamo, andiamo disperatamente
ancora insieme ne la notte fonda
e lieve e vellutata dell'estate.

*

Città

Livida alba, io sono senza dio.

Visi assonnati vanno per le vie
Sepolti sotto fasci d'erbe diacce.
Gridano al freddo vuoto i venditori.

Albe più dense di colori vidi
su mari su campagne inutilmente.

Mi abbandono all'amore di quei visi.

*

Oh desolato all'alba
volo di basse rondine
sulla città deserta.

Tornerai fra le polveri
dolci di primavera
fra luccicanti macchine.

*

La mia vita è monotona, se arde
un calmo sole alle persiane verdi.
Si fa docile sguardo, calmo amore
anonimo, poesia di quattro versi.

*

Come è forte il rumore dell'alba!
Fatto di cose più che di persone.
Lo precede talvolta un fischio breve,
una voce que lieta sfida il giorno.
Ma poi nella città tutto è sommerso.
E la mia stella è quella stella scialba
mia lenta morte senza disperazione.

*

Era la mia città, la città vuota
All'alba, piena di un mio desiderio.
Ma il mio canto d'amore, il mio più vero
era per gli altri una canzone ignota.

*

Mi adagio nel mattino
di primavera. Sento
nascere in me scomposte
aurore. Io non so più
se muoio o pure nasco.

